

La antropofagia oswaldiana como solución americana

PABLO ALEJO CARRASCO*

Las vanguardias hispanoamericanas se proclamaron como un movimiento generalizado de renovación del lenguaje poético y transformación social y política en todo el continente. Se trata de un fenómeno cultural complejo, emparentado con el momento histórico y las oleadas ultramarinas que arribaban desde Europa trayendo vientos de cubismo, surrealismo, dadaísmo, etc. Pero esta renovación no podía gestarse de manera imprevista, ni resultó una repetición del modelo no-americano, simple eco de lo que venía aconteciendo en el resto del mundo. A este respecto, las literaturas locales hispanoamericanas, cada una de ellas, hallaban en representantes suyos anteriores a la eclosión de este sentimiento generalizado fuentes del desarrollo posterior hacia una manifestación vanguardista.

No podemos dejar de citar el caso, en nuestro país, de un Lugones, quien no pudo evitar anticipar aspectos presentes en los partícipes del posterior martinfierrismo¹; o el caso de Güiraldes quien, proveniente de una generación anterior, se lanzaba en *Cencerro de Cristal* con la renovación expresiva que luego los vanguardistas utilizarían en mayor escala². Tampoco se puede

* PABLO ALEJO CARRASCO: Profesor de Literatura de la Universidad de Buenos Aires.

¹ Véase Videla de Rivero, Gloria. *Direcciones del vanguardismo hispanoamericano*. Universidad Nacional de Cuyo, 1990. p. 173.

² Idem, p. 64.

dejar de lado el caso de la literatura portorriqueña, la que, con respecto a la relación entre vanguardismo y poesía negrista, según señala Videla de Rivero, “intensifica y precipita el proceso postsimblista que se canalizó previamente en el modernismo y postmodernismo”³.

El *indigenismo* surge en la vanguardia peruana como resultante de una variante socioeconómica determinada (la situación del indio frente a la sociedad moderna), y la continuación de la temática (aunque reelaborada) proveniente de las “crónicas de conquista”, y del romanticismo aunque “introduce un indianismo que, en sus raíces europeas, está teñido de exotismo y de espíritu de evasión”⁴. Según la misma autora, el “indigenismo (no exento de indianismo) de la década del 20 (...) se inserta pues en un largo proceso con antecedentes importantes en la época colonial”⁵.

No resulta un disparate, por lo tanto, arribar a la conclusión de que las literaturas hispanoamericanas tenían arraigo e identidad nacional previos a la década del 20. Los modernistas, especialmente Rubén Darío, darían a estas letras un sello propio y, por ello, a causa de la fuerza con que se gestaron, no es de extrañar que se invirtiera el flujo de influencias, desbordando, por su magnitud, hasta transformarse en un “arte de exportación”.

Los que las vanguardias prodigaron a las literaturas locales de los países latinoamericanos fue el afianzamiento de un lenguaje individual y nuevo, y de las particularidades estéticas propias de cada una, incluyéndolas dentro del marco universal de una iconoclastia generalizada, y muniéndola de frescos aires de renovación.

En fin, adquieren, por estos años, visos de madurez. El caso de la literatura brasileña, en cambio, es particularísimo dentro de las literaturas del continente latinoamericano. No se puede afirmar que, hasta el 20, los parnasianos hubiesen forjado una literatura nacional ni en lo lingüístico ni en lo formal, no al menos con el mismo sentido con que se diera en el resto de sus hermanas hispanoamericanas. Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José Martí, como tantos otros, dotaron a sus lenguas de un influjo y de una riqueza lo suficientemente abundantes como para que, posteriormente, sus

³ Idem, p. 185.

⁴ Idem, p. 220.

⁵ Idem, p. 222.

seguidores o detractores se encontrasen con caminos abiertos y un lenguaje propio, para construir, reconstruir o destruir. En cambio, dentro del ámbito del Brasil, poetas como Olavo Bilac o Alberto de Oliveira no dejaron otro legado que el de una lengua abandonada al uso y abuso de un estilo parnasiano según los modos con que se la decía en la península lusitana⁶. En los salones literarios se recita y se vive según la moda europea, aún entrado el siglo veinte, lo que hace exclamar a Mario de Andrade en su *Ode ao Burgues*:

“Eu insulto as aristocracias cautelosas!
os baroes lampioes! os condes Jooes! os duques zurras!
que vivem dentro de muros sem pulos;
e gemem sangues de alguns mil-réis fracos
para dizerem que as filhas da senhora falam o frances
e tocam o ‘Printemps’ com as unhas”.

De modo que, al momento previo a la Semana de Arte Moderno, lo que estaba haciendo falta realmente era impulsar, de cero, la literatura nacional: esto significaba comenzar desde el lenguaje, una lengua brasileña popular y propia, basada en los modos habituales del habla cotidiana, según expresa en su *Manifiesto Pau-Brasil* Oswald de Andrade:

“La lengua sin arcaísmos, sin erudición. Natural y neológica.
La contribución millonaria de todos los errores. Como hablamos.
Como somos”⁷.

El cambio necesario resultaba demasiado violento. No se poseía el tiempo ni se habían superado los estadios que había logrado adquirir para sí la literatura hispanoamericana. Leemos, en un capítulo dedicado a la presencia de la poesía negrista en el arte de vanguardia en el estudio realizado por Gloria Videla en su libro *Direcciones de las vanguardias...*:

⁶ Véase al respecto Teles, Gilberto Mendonça: *La poesía brasileña en la actualidad*, Montevideo, Ed. Letras, 1969. Haroldo de Campos “Prólogo” en: Andrade, José Oswald de. *Obras Escogidas*, Caracas, Bibl. Ayacucho, 1981. Carvalho, Ronald de. *Pequeña historia de la literatura brasileña*, Bs. As. MJIP?, 1943 (para una visión contemporánea al movimiento)

⁷ En: Andrade, José Oswald de. *Obras Escogidas*. Caracas, Bibl. Ayacucho, 1981.

“Varias tendencias de las vanguardias eligen el retorno a las fuentes como un modo de sacudirse los condicionamientos o convenciones culturales forjados por la tradición. Se produce la nostalgia de lo primitivo. Futuristas, dadaístas y surrealistas acarician un sueño regresivo, con respecto a la cultura en general, y a los códigos poéticos en particular. (...)”⁸.

En el Brasil, el retorno a una prehistoria brasileña, a un momento previo (e incluso simultáneo) a la colonización portuguesa, presente en los Manifiestos Pau-Brasil y Antropofágico de Oswald de Andrade, denota la repercusión de una común sensibilidad con respecto del resto del continente, fruto de las resonancias vanguardísticas europeas. Pero la diferencia con la América hispana estriba en que el nacimiento de la literatura brasileña estaba gestándose en ese mismo momento, dando como resultado una serie de manifiestos cuya ansia de renovación conlleva una implícita voluntad de revolución, no sólo en lo literario, sino también en lo político y en lo social. Estos manifiestos expresan su ruptura con la convención (caracterizada por la presencia del pensamiento europeo, copia de los modos lusitanos), y por la búsqueda de una identidad nacional por medio de la retrospección hacia los orígenes históricos precoloniales y coloniales de la civilización brasileña. En este aspecto, el modernismo se desvirtúa con respecto a sus hermanas, las vanguardias hispanoamericanas, por cuanto su búsqueda se orienta más a la conformación inicial de lo nacional (partiendo desde lo más básico, la lengua), que a una crisis de esa identidad en formación.

En este trabajo, dada la brevedad requerida para su carácter de comunicación, se analizará en forma sintética uno de los tantos aspectos del *Manifiesto Antropófago*, para demostrar cómo la personalidad violenta de José Oswald de Andrade da inicio a lo que Haroldo de Campos dio en llamar “La literatura brasileña en su primera fase histórica”⁹, y cómo relaciona este manifiesto la idea vanguardística de ruptura con una necesidad urgente de retrotraerse a la tradición más folclórica del Brasil.

⁸ Idem (1). p. 201

⁹ Prólogo de Haroldo de Campos a las *Obras Escogidas* de José Oswald de Andrade, p. IX.

EL TERMINO "ANTROPOFAGO" SEGUN HAROLDO DE CAMPOS

Haroldo de Campos, en su artículo "De la razón antropofágica", publicado durante el año 1986 en el número 1 de la revista *Vuelta Sudamericana*, realiza un exhaustivo análisis del término "antropofágico", relacionando la obra de Oswald de Andrade con la historia brasileña.

El término se opone al concepto de "buen salvaje", herencia romántica de la filosofía de Rousseau, que fuera plasmada en los textos del siglo pasado por los antecesores del modernismo brasileño. Saca a la luz la idea de un "mal salvaje", irrespetuoso, devorador de blancos. Este salvaje se identifica al indio amazónico con el que se topa el conquistador y colonizador portugués, relacionado con la "marcha hacia el oeste" de los *bandeirantes*, quienes muchas veces tropezaron con el aborigen obteniendo de este encuentro desagradables resultados. Así, según resume De Campos, el término antropófago tendría dos notas semánticas:

a) una referencia al aborigen "caníbal" como *polemista*, del griego ΠΟΛΕΜΟΣ, lucha, combate, según la cual el sentido del término antropófago adquiere un matiz de enfrentamiento, y que se refiere al espíritu combativo con que Oswald de Andrade presenta su manifiesto.

b) otra referencia al aborigen "caníbal" como *antologista*, sentido por el cual, tal como todos sabemos, de acuerdo con costumbres propias de muchos pueblos primitivos, se eliminaba a los enemigos más valerosos con el fin de extraerles y devorarles el órgano en que, se creía, residía la virtud; mediante este ritual, la misma era transferida al que lo comía. Oswald de Andrade pretende que el nacimiento definitivo de una literatura (y una cultura) nacional se dé a partir de la devoración de una cultura traída del exterior (ya que negarla sería una utopía), incorporada, transformada, y devuelta en una forma totalmente ajena a la original.

La acuñación del término se relaciona con la necesidad del autor de pensar lo nacional en una relación dialógica y dialéctica con lo universal. Esta dialéctica se funda en las acciones implícitas en los dos sentidos del término antropófago: la incorporación (comer) y la destrucción de lo original (violencia, "polemizar"), cuya síntesis final sería la transformación, el nacimiento de lo 'nuevo', original de por sí. Ya Machado de Assis había hablado de "estómago de rumiante", que es donde "todas las sugerencias, después de mezcladas y trituradas, se preparan para una nueva masticación, complicado quimismo donde ya no es posible distinguir el organismo

asimilante de las materias asimiladas”. De Campos señala que la necesidad de pensar la diferencia, de ver el nacionalismo como un movimiento dialógico de esa diferencia, de dar fuerza a la noción de ruptura como función dentro del diálogo (sentido “polemizante” del término), genera esta imagen del antropófago. Hay una connotación de “devoración crítica” de un legado que llega a través de Portugal, legado que debe triturarse, ingerirse, digerirse y devolverse en “otro”. En otro artículo publicado durante el año 1987, en el número dos de la revista *Filología* que edita la Universidad de Buenos Aires, el mismo autor crítico reseña la relación existente entre el término antropófago y la cultura americana del mestizaje. Aquí, el pasado pasa a ser lo “extraño”, que merece ser devorado no como incorporación sino como “negación”; la ingestión consiste en una trituración. La historia es vista como “función negativa”. De este modo la literatura brasileña se define, según el autor, como literatura ex-céntrica o descentrada, híbrida, plena de mestizaje, la cual realiza el acto dialógico que permite “expresar al otro y a uno mismo a través del otro”.

EL MANIFIESTO Y LOS SENTIDOS DEL TERMINO ANTROPOFAGIA

Ahora bien, si nos ceñimos al sentido propio del término dentro del marco del Manifiesto Antropofágico, y lo comparamos con las conclusiones que acabamos de reseñar extraídas de los dos artículos de Haroldo de Campos, percibimos claramente que, más allá de su estructura interna y la relación sincrónica con la literatura brasileña, quedan algunas preguntas por hacerse. Para un acercamiento a las respuestas posibles de estas posibles preguntas, pasemos directamente a enumerar y citar los cuatro sentidos que podemos encontrar claramente diferenciados en el texto del Manifiesto, cada uno correspondiente a un nivel de profundidad cada vez mayor dentro de la textura semántica del mismo:

1. *Antropofagia como simple deglución.* Este sentido se relaciona con lo que Haroldo de Campos señalaba como una particularidad de la literatura brasileña, la cual se nutre de las fuentes foráneas, incorporándolas, siendo además vástago de ellas no sólo en sus orígenes y comienzos (barroco,

romanticismo, parnasianismo), sino que también durante su comienzo como literatura nacional. No hay que olvidar que la vanguardia europea fue “ingerida” por Oswald de Andrade, y retransmitido su espíritu durante la Semana de Arte Moderno. Cabe agregar que esta particularidad no compete sólo al Brasil, es propia de todas las literaturas americanas, que no cesan de “digerir” influencias extranjeras.

Dice el Manifiesto:

“Filiación. El contacto con el Brasil Caribe. (...) Montaigne. El hombre natural. Rousseau. De la Revolución Francesa al Romanticismo, a la Revolución Bolchevique, a la Revolución Surrealista (...) Caminamos”.

Esta incorporación significa un crecimiento, una forma de ensanchamiento, generados a partir de la deglución de “formas humanas” (de allí lo de antropos-fagos). Parafraseando a Campos, lo nacional se concebiría como la capacidad de ingerir toda forma de cultura universal (antropomórfica), acto propio por excelencia de ese ser nacional. Hagamos extensivo, por supuesto, este término, al ámbito de lo americano en general.

Dice Oswald de Andrade:

“El espíritu se rehúsa concebir el espíritu sin el cuerpo. El antropomorfismo. Necesidad de la vacuna antropofágica...”

O también:

“La absorción del sacro enemigo. Para transformarlo en tótem. La humana aventura...”

En este aspecto, el término antropófago se relaciona con “antropomorfismo” o violento humanismo, que rehumaniza las viejas fórmulas descarnadas (por obsoletas y gastadas en la repetición) mediante su deglución y su devolución regeneradas y corporizadas, “humanizadas”.

2. *Antropofagia como destrucción, ΠΟΛΕΜΟΣ, acabamiento de lo no deseado.* Campos hablaba en este sentido de “ruptura”, como si la literatura brasileña

negase una historia, una tradición. Posee un carácter funcional, cuya función (valga la redundancia) es la de ‘polemizar’ al enemigo, y por sobre todo, identificarse uno mismo respecto del otro. La literatura brasileña se definiría así como una especie de “otro en cuanto otro”.

Ciertamente, en la violencia cargada dentro del sema “antropófago”, existe una búsqueda de lo antagónico, del enfrentamiento para autodefinirse, lo que hace exclamar a Oswald de Andrade en su Manifiesto:

“Pero nunca admitimos el nacimiento de la lógica entre nosotros”

como sed irracional de ese antagonismo, o:

“Contra el padre Vieira...”

“Muerte y vida de las hipótesis...”

“Contra todos los importadores de conciencia enlatada...”

“Fue que nunca tuvimos gramáticas, ni colecciones de viejos vegetales. Y nunca supimos lo que era urbano, suburbano, fronterizo y continental...”

Resulta obvio que la identidad nacional se presenta como un estar frente al otro, ser distinto de.

3. *El tercer sentido, antropófago como personaje representativo de una identidad nacional brasileña.* Aquí el término nos remite a este hombre primitivo de la historia previa a la colonización del Brasil, el aborigen caníbal que devoraba a voluntad conquistadores portugueses deseosos de establecer su dominio. El Manifiesto hace uso de la palabra como reducto dentro del cual propone a sus compatriotas refundar una tradición literaria, cultural e histórica. La palabra adquiere, de este modo, función noética (a través de su fuerza movilizadora manejada por los semas “polémico” y “antológico” que señalara Haroldo de Campos), una especie de palabra conjuro, manejada a nivel estético-poético de tal manera a lo largo del manifiesto, que deja sembrada en sí misma la fuerza transformadora que desea transmitir a todos los otros niveles.

¿Cómo no elegir otro término más apropiado que aquel que representarse en su esencia la del primitivo aborigen de las selvas amazónicas, míticamente

antropófago, al decir de los conquistadores portugueses? La vanguardia brasileña no podía alejarse de los orígenes de su historia como pueblo; tradición y ruptura, tradición y antropofagia, por lo cual declama en el Manifiesto:

“Tupy or not tupy, that is the question...”

Hay en este nivel de interpretación del texto una especie de paradójica revuelta, una venganza al regreso de los tiempos, en la que el aborigen conquistado, representado en el Andrade del Manifiesto, “devora” al colonizador (el europeo) llegado a través del océano en las valijas del poeta, destruyéndolo y transformándolo en una nueva entidad. Existe, en esta napa profunda, una presencia de la antigua simbología de los mitos de destrucción y regeneración, según los cuales, el individuo debe “fundirse, desaparecer” (como la semilla en la tierra) para dar origen a un nuevo ser. En Andrade el símbolo se renueva según la tradición americana, y nos habla entonces del primitivo hablante del Brasil, el indio tupí, legendariamente antropófago, quien conformaría el papel de la función regeneradora.

4. *Antropofagia como mestizaje*. Finalmente, bajo todas las capas significativas del concepto, fundamentándolo y nutriéndolo, descubrimos el sema indicado por Haroldo de Campos, en el que el antropófago simboliza el acto sincrético de incorporación de ajenas tradiciones a la suya propia. Pero no con un resultado “híbrido” de este sincretismo, no como función negativa ni como literatura cuya identidad es el “otro en cuanto otro”. Si aceptamos decir que la literatura brasileña tal vez sea “expresión del otro y de uno mismo a través del otro”.

Por ejemplo:

“Si Dios es la conciencia del Universo Increado, Guarací es la madre de los vivos. Yací es la madre de las plantas...”

“Nunca fuimos colonizados. Vivimos a través de un derecho sonámbulo. Hicimos que Cristo naciera en Bahía. O en Belem do Pará”.

“Nunca fuimos catequizados. Lo que hicimos fue un carnaval. El indio vestido de senador del Imperio...”

En todos estos ejemplos vemos cómo se manipulan dos términos: uno correspondiente a una tradición europea llegada a través de la conquista (catolicismo, religión), y la otra perteneciente al acervo cultural local indígena (dioses naturales, indios disfrazados). Es bien clara esta determinación semántica del término: elegir una literatura nacional significó, para Oswald de Andrade, devorar violentamente, 'tal como lo hicieran nuestros padres con los portugueses', la influencia proveniente de Europa, que nunca cesaría de llegar y de introducirse en la corriente cultural brasileña. La solución: no dejarla asentarse, ni incorporarla lentamente; no darle tiempo a establecer ya nunca más; que sea nuestra; devorarla, digerirla y hacerla parte de nuestro torrente sanguíneo. Esto es lo propio nuestro: mezclar en los estómagos; mestizaje; sincretismo carnal.

CONCLUSION

Finalmente, pondremos en la periferia de dos ejes a los tres primeros sentidos del término "antropófago" y en el centro del sistema al último de todos. Oswald de Andrade era consciente de que, llegando él de Europa con las novedades de las corrientes vanguardistas, llenas de fuerza, no resultaría posible contraponer un influjo propio (puesto que no había literatura propia como para confrontar) que asimilara el cambio y lo reelaborara según cánones internos. El único modo de originar una literatura original donde no la había, era forjar inmediatamente una fuerza opuesta y al mismo tiempo asimiladora. No desechar lo nuevo, pero no permitirle no respetar una tradición que, pobre o no, de todos modos ya existía. Para patentizar esta presencia de lo tradicional, era necesario que el término se refiriese a la misma tradición en sí mismo. Es que en el fondo, Andrade había tomado conciencia de que la literatura de su país (al igual que todas las americanas) basaba su originalidad en esa capacidad de asimilación, mixturación y retransformación de los influjos externos.

Es imposible negar, a esta altura de nuestra comunicación, y según todo lo antedicho, el carácter de mestizaje de esta literatura. Por lo tanto, no podemos sino incluirla dentro del marco de desarrollo del resto de las literaturas americanas, en las que autores más modernos, críticos y poetas, tales como Carpentier, Arguedas, García Márquez, Kusch, Octavio Paz, Uslar Pietri, Henríquez Ureña, no cesan de señalarlos, al punto que nuestras

literaturas poseen una identidad cuya esencia es lo sincrético, extendiéndolo incluso a ámbitos de la cultura y de lo social.

¿No vio, acaso, Oswald de Andrade, que si la literatura brasileña tenía una posibilidad como literatura con identidad propia y con un lenguaje suyo, sería a través de esta incorporación de influjos cosmopolitas, asimilados rápidamente a un horizonte simbólico perteneciente al horizonte del pueblo brasileño? ¿No creía, acaso, que al acuñar el Manifiesto Antropófago, incluiría, mediante la fuerza del término, dentro de la tradición literaria que recién nacía, al indígena con su universo simbólico, sus costumbres, su horizonte, como raíz primera y fundamental de ese espíritu nuevo proveniente de afuera? Necesitaba reintegrar en el ciclo poético de su patria la presencia del “mal salvaje”, el antropófago, que, actualizado en cada habitante del pueblo brasileño, devoraría un pasado borroso engendrando, de esa mezcla digestiva, una nueva historia y una nueva literatura.